

Editorial

VENIR A LA PALABRA

DOI: <https://doi.org/10.21501/23461780.3289>

*Víctor Raúl Jaramillo**

*Medita, observa, y otra vez medita,
ese es el único camino
que lleva a toda maravilla.*

Vicente Huidobro

Después de varios años dedicado a otras maneras de hacerle un quite a la muerte, de prender fuego en altares que no he buscado por decisión propia, varios amigos y otras personas me han dicho que quisieran venir a una cita conmigo para hablar de sus vidas, de la vida en general. Y no sé si esté en condiciones de aceptar un compromiso como este.

No obstante, esta solicitud ha dado pie para repensar condiciones que podrían haber sido mal adoptadas o, al menos, mal construidas por mi inmadurez teórica y vivencial. Por tal motivo, retomo palabras ya publicadas para darles nuevos sentidos, quizás, y hacerlas más cercanas. Esa es mi intención ahora.

Inicié actividades con el *consultorio filosófico*, en marzo de 1994. Mismas que ahora desarrollo de manera muy esporádica y que he venido vertiendo en mi escritura buscando un mayor alcance. Su actividad era la de prestar un

* Doctor en filosofía de la Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín - Colombia.
Contacto: victorrauljaramillo@gmail.com

servicio a la comunidad enfocado, ante todo, en el estudio del pensamiento a través del lenguaje y la búsqueda de sí mismo como respuesta al crecimiento interior.

A partir de una serie de lecturas y vivencias activadas durante varios años, llegué a la necesidad de intensificar y proyectar la *praxis* filosófica como medicina. Esto se ha hecho en Francia, Bélgica, Alemania, España y Estados Unidos con gran éxito. En 1982, el doctor Achembach (Alemania) comenzó con la idea de un *consultorio filosófico* donde se cobraba por cada consulta intentando llegar a una respuesta “saludable” frente a los malestares existenciales de las personas que lo visitaban.

La *filosofía práctica* se ha desarrollado por personas como Lou Marinoff (Estados Unidos), José Barrientos Rastrojo y Mónica Cavallé (España), Rainer Matias Holm Hadulla (Alemania), Roxana Kreimer (Argentina), Oscar Brenifier (Francia), Ran Lahav (Israel) Hernán Bueno Castañeda, Eufasio Guzmán y Óscar Fernando Acevedo (Colombia), entre muchas más en todo el mundo.

La *filosofía como medicina* es una alternativa dentro de las terapias y no precisamente una terapia alternativa, debo aclarar. Y busca pensar los problemas de salubridad en el plano de las relaciones interpersonales y de auto-reflexión sobre los actos y sus consecuencias en la vida de las personas.

Además de trabajar con personas que tienen dificultades con su entorno por una incapacidad para el diálogo o que viven sumidas en la angustia, en crisis o permanentes vacíos existenciales, sinsentidos y desesperación, o que por varios motivos son asumidas como suicidas en potencia, también es viable en pacientes con dolor o en etapas terminales.

Igualmente se pueden ofrecer servicios en el ámbito académico y, de un modo u otro, se ve la necesidad de algunas actividades que son importantes para personas con preguntas sobre temas como la muerte, el amor, la soledad, la libertad y demás inquietudes que suelen ser problemáticas al momento de una relación concreta y su correspondencia con los demás y con cada quien.

En mi caso, el consultorio filosófico ofrecía una especie de terapia que yo llamo *dialógica*, donde el ejercicio de preguntas y respuestas busca una meditación por parte de la persona que consulta para llegar a una posible salida a su problema, *ya que cada hombre tiene que examinar su propio problema y tratar de determinar lo que es justo para él*, tal y como nos lo realza Marie Louise-von France.

Más que método, la filosofía como medicina es un caminar en la palabra y sus representaciones al momento de pensar lo vivido y lo que se espera vivir. Es decir, viviendo el momento del diálogo y lo que en él dialoga. Quien consulta podrá aprender de sus propias preguntas —y las posibles respuestas— a tomar las decisiones que crea correctas para satisfacer sus aspiraciones. Pero eso no quiere decir que lo sean: la vida tiene la respuesta. Y el diálogo, como la vida, siempre es azaroso, nunca se sabe a qué lugar nos llevará.

Esa es la magia de la filosofía y su actividad *terapéutica*: aprender a viajar sin muchas pretensiones, libres de equipaje, aprendiendo a no tener razón, descubriendo lugares de la memoria que suelen ofrecer claridades para crear sentidos frente a la maravilla de la vida y sus, muchas veces, inconfesables problemas. Quizá sea esto y otro poco.

El diálogo es la función principal para desarrollar dichas claridades sobre el sentido de lo que solemos ir siendo, y debería realizarse con una atención dinámica que permita, más que el ejercicio mismo de la comunicación, la posibilidad de estar comunicados uno con el otro —consultante y consultor— y poder lograr así un canal aceptable de comprensión.

Esto permitiría una cercanía sin traumatismos con aquellos contrastes y diferencias que generan los malentendidos y sus posteriores violencias, porque lo importante del diálogo es servir como medio para el aprendizaje y la correspondencia con nuestras humanas y variables dimensiones, ya que solo en nosotros mismos están las posibilidades de crecimiento, de aceptación y de respeto de la propia condición vital y los múltiples puntos de vista que conforman la realidad que nos acoge.

La actividad del ser humano se ha escindido de la naturaleza creando una condición que ha sido crecimiento y debilitamiento continuo. Lo que el hombre ha perpetuado en su interior y ha intentado llevar hacia los demás, es un mundo en el que se participa por la constante interpretación de una realidad que, por falta de apertura, podría encadenarnos a una única mirada de lo existente. Aunque lo contrario sea una evidencia diaria.

Para lograr que dicha realidad sea una posibilidad que nos una con el mundo y pueda crear correspondencia con cada modo de ser —incluyendo las variadas constantes que se desarrollan en la diaria interacción—, los seres humanos necesitamos del diálogo como fundamento: con una sana interrelación en la que pensar y hablar generen acciones, el ser humano podrá generar la realización de su presencia y la recepción de la otredad sin otra condición que aprender a escuchar y tomar en cuenta a quien tiene en frente, independientemente de quien sea.

Esto se define de esta manera porque eso que hemos llamado la *naturaleza humana* está en íntima relación con la palabra que la conforma y la activa. Ya Aristóteles afirmó que estamos dotados de *logos*. Y esto es confirmado por Octavio Paz, cuando dice que *el hombre es un ser de palabras*. Más aún cuando la vida es totalmente desastrosa, pues todos esperan que las palabras huelan a buen amor y, por tal motivo, quieren un lugar sereno donde modificar la aridez que oprime sus vidas, para convertir dicha opresión en una realidad apta para crecer y, de ser posible, ser felices.

La *terapia dialógica* busca alertar a quienes visitan el consultorio filosófico sobre las representaciones del mundo que llevan consigo y, al mismo tiempo, ponerlos al tanto de las posibles manifestaciones que permiten dar el paso de lo individual a lo universal. Esto no quiere decir que se busque una apertura en una única vía: de adentro hacia afuera.

La idea consiste en abrir la mirada —por lo regular encerrada en un problema que se hace tal por la incapacidad para verlo sin presiones externas— frente a las particularidades de una realidad que, si bien suele presentarse como unívoca, posee todo tipo de ángulos y perspectivas. El prisma es una opción más sensata que la ventana, solían decir algunos poetas.

Por tanto, el acercamiento que se suele hacer en los encuentros con las personas que visitan un consultorio filosófico está dirigido hacia la activación de una *voluntad de crear* que ofrezca una serie de rutas hacia lo nuevo y una *conciencia poética* que haga uso de la intuición y, de este modo, permitir que lo nuevo pueda ser habitado, pues, como cantaba Hölderlin *poéticamente habita el hombre el mundo*.

Las condiciones de una vida creativa están dadas, en principio, por el entendimiento de los variados signos de una realidad personal que pueden ser liberados o constituidos por el lenguaje y la palabra poética: correspondencia entre los acontecimientos y la experiencia que estos dejan en nosotros cuando nos relacionamos con el afuera.

Es la llamada dimensión de la imaginación y el sueño, es la apertura a esa capacidad de ir más allá de lo dado que se ha perdido con el trajín de la rutina y su inmovilidad, es la absorción de aquello que nos identifica con el mundo y la personal manera de expresarlo de vuelta. Es lo que nos hace ser lo que somos.

Esa subjetividad que se va conformando como identidad y formulación de una presencia interior está llamada a ofrecer el resultado de la inevitable integración con la cultura, pues, lo que a cada quien sucede, puede suceder a todos en algún momento, con sus innegables matices, claro. Con dicha certeza, los motivos que se tienen en la existencia para continuar viviendo, pasan a ser parte de una comunidad que también suele padecer las malas decisiones de los actos particulares.

Ahora bien, la palabra como irracionalidad o desacato a una estandarizada gramática que en principio posibilita estar comunicados, es sumamente válida en ciertos ejercicios ofrecidos por el arte y sus condiciones de libertad, pero se

debe dejar una grieta por la cual sea posible una interpretación que, tamizada por la presencia de los demás, sea una fecundidad para lograr la cercanía de todo aquel que se sienta parte de lo expresado.

Del mismo modo operan las sesiones del consultorio filosófico: intentando una proximidad para que todo aquello que causa distracciones y sin-salidas pueda ser llevado a un lenguaje común y posibilitar así la pretendida cercanía que el entendimiento necesita para luego, por reflejo, tomar distancia y poder observar con tranquilidad lo que en realidad ocurre con nuestra vida. Tal como un agua congestionada que se detiene un instante y deja ver lo que se mueve en su interior. Esa agua está conformada por las palabras y la reflexión que procuran las palabras y cada uno de sus imprescindibles silencios.

Retomando, dejo en claro que lo que yo he llamado *terapia dialógica* no es otra cosa que esa conversación serena y meditada que ocurre como desentrañamiento de nuestro pensar y su relación con el cuerpo múltiple de lo que nos rodea. La terapia dialógica anima a las personas al pensamiento libre y plural que, desbordando la mera opinión, se acerca con mayor exactitud a las decisiones de la vida, al reconocimiento de las contingencias y su ir hacia una trascendencia de lo vivido.

Es decir, a la aceptación de que la vida puede ser vivida, y que se nos demanda la doble atención de su palpito y el fin del mismo para comprender que si ya estamos en la vida, es ella la que nos dará las respuestas sobre la manera de vivirla, ya que solo se aprende a vivir viviendo. Y no hay que dudarle, esto implica el dolor, el sufrimiento y la muerte. Eso es vivir: padecer las altas y las bajas, las alegrías y las tristezas, y aprender la forma de hacerles frente para no desentonar con la melodía que nos exige el canto de la existencia.